

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CON REALISMO REFLEXIONES DESDE LEJOS

NO conozco aún los datos exactos del proceso desarrollado en Chile el día 12 de septiembre y subsiguientes. La nación ha estado clausurada por orden de sus nuevos rectores castrenses y las noticias filtradas han sido todavía escasas y difíciles de confirmar. El juicio del grave acontecimiento ha de hacerse por aproximación. Vivimos lejos de aquel entrañable país en la geografía aunque lo tengamos cerca en el afecto y en la vinculación espiritual.

No he conocido a Salvador Allende personalmente. Todas las referencias que de él tengo coinciden en presentarlo como seguramente era: un profesional médico, dedicado fervorosamente a la política; idealista y pacífico; demócrata sincero; obsesionado por la consecución de una más recta y justa distribución de la riqueza que en áreas considerables de la población chilena resulta una exigencia ineludible y apremiante; liberal y humano en su trato; convencido de que el socialismo democrático podía ser una fórmula viable para mejorar las flagrantes desigualdades interiores; nacionalista ferviente, dispuesto a rescatar para el patrimonio colectivo los recursos que el capital foráneo manejaba; convencido, en fin, de que sus aliados de la izquierda le dejarían maniobrar con desembarazo y que sus adversarios de la derecha, respetarían la legalidad confiada también en que la tradición excepcional de las fuerzas armadas de su país, asistirían desde su neutralidad constitucional a los avatares del proceso político, incluso participando con su responsabilidad específica en las tareas gubernativas.

Allende sabía que el voto popular no le era mayoritariamente favorable. Un 35 a un 40 por ciento de la estadística electoral era cuanto pudo reunir la coalición de sus partidarios. Esa inferioridad se reflejaba en el Parlamento, de mayoría hostil, y en la prensa conservadora, abiertamente crítica y combativa. Y en la resistencia pasiva de muchos sectores profesionales y gremiales, dominados por la pequeña burguesía y la clase media, violentamente enfrentados con su política. Sus nacionalizaciones de grandes empresas extranjeras fueron sin embargo, aprobadas por el Parlamento adverso, en votación abrumadora. Y en el campo de las reformas agrarias, no hizo, en buena medida, sino continuar hasta las últimas consecuencias, la legislación socialmente muy avanzada, que su antecesor Eduardo Frei, presidente demócratacristiano, promulgó, sin llegar a desarrollarla plenamente por las resistencias interiores de su propio partido. La política económica de Allende, fue en buena parte —aunque no en su totalidad desordenada—. Inflación y quiebra monetaria eran los síntomas más evidentes de la crisis, juntamente con la indisciplina social, la falta de autoridad laboral y la sensación de impotencia gubernativa. Sin embargo, hay que añadir que en ese panorama sombrío, existían seguramente factores exógenos deliberados. O en otras palabras, que se puede crear o agravar una situación crítica económica de muchas maneras y no sólo practicando desde el Poder una política errónea o equivocada. Cuando Jack Anderson, publicó en marzo de 1972, en la prensa norteamericana su famosa denuncia —luego confirmada ante el Senado— en que se acusaba a determinado consorcio internacional de ingerencia en la política interior de Chile, el programa de ese proyecto, contenía literalmente un capítulo que decía: crear las condiciones de un caos económico en el interior de la República que obli-

guen a que se produzca un golpe militar contra el gobierno. Así de concreta fue la anticipación.

Allende no quiso en cambio, tomar la iniciativa. Pese a los supuestos «complots» de que ahora, positivamente, es acusado, lo cierto es que mantuvo, a su manera, la abierta legalidad republicana hasta el final. Precisamente por ello fue tan rápidamente derrocado. Desoyendo las opiniones de la extrema izquierda partidaria de la revolución violenta desde el Poder, no se apartó hasta el último instante de la línea legalista. No se ha logrado demostrar la existencia del fundamento jurídico de que se hizo uso para justificar la sublevación, en el sentido de que había violado la constitución en varias ocasiones con medidas y decretos ilegales. Personalmente creo que dejó siempre el turno abierto para la alternativa democrática adversaria como pudo comprobarse en las últimas elecciones que convocó —y que perdió— y en los intentos de llamar a un plebiscito popular para que confirmase o desautorizara su política, lo que dicho sea de paso, le ofrecía una salida digna del Poder en el caso, probable, de lo que hubiesen derrotado.

Pero nada de esto tiene ya interés, salvo para la historia, que a mi parecer devolverá a su exacto lugar la figura de este hombre que murió con limpia entereza y quiso levantar la tremenda condición de los pobres y de los trabajadores de su país por vía del socialismo democrático, dentro de la legalidad. Quiero decir, claramente, que personalmente yo no creo en el socialismo como fórmula única y mágica para mejorar el nivel de vida o distribuir más justamente las rentas de un país. Soy contrario a esa doctrina y la considero poco conveniente para la prosperidad de una economía nacional, incluso la de los países menos desarrollados. Por ello me autoriza a decir también, con toda transparencia, que la interrupción violenta del proceso democrático chileno tiene, en Hispanoamérica, en cuyo hemisferio sur, ya no quedan sino tres países con gobiernos de origen popular, una gravedad notoria. De una parte por la indudable repercusión que el episodio ha de tener, en las inmensas tensiones que en aquella parte del mundo, tan entrañable para nosotros, provoca el dramático espectáculo de las desigualdades sociales y de la miseria de los más, caldo de cultivo ideal para los extremismos de diverso signo y para las aventuras de la violencia revolucionaria. Allende era la experiencia contraria, el «test» que intentaba demostrar la viabilidad de otro camino, no violento, para reformar las arcaicas estructuras del orden social vigente. Su fracaso puede despertar verdaderos movimientos telúricos de rencor pasional en aquel volcán.

«La reforma de las estructuras!» ¡Cuántas veces no hemos oído hablar de ello a sociólogos, políticos, líderes obreros, teólogos de la liberación, gobernantes, economistas y diplomáticos! ¿Cómo se pueden cambiar las estructuras íntimas de la vida colectiva de una nación para corregir las injusticias profundas que son contrarias al bien común? ¿Quién ha de medir la oportunidad, el alcance, el ritmo de ese cambio? Preguntas tan difíciles de contestar con acierto, como lo es la delicada cuestión de lo que resulta en política, posible. Hemos leído un sesudo comentario en nuestra prensa en que se habla con elogio del propósito de la junta de extirpar la ingerencia extranjera en Chile, que trataba de crear situaciones revolucionarias

extremas. ¿Y las otras influencias foráneas que no tratan de hacer revoluciones sino de someter las economías a sus intereses empresariales propios, no siempre congruentes con los de la nación? ¿O es que las áreas de la hegemonía están ya definidas para siempre, con olvido de la voluntad de independencia de los pueblos?

En política como en estrategia el principio esencial es quizás conocer con exactitud las fuerzas propias y lógicamente, también, la fuerza del adversario. Sin esa doble ecuación, siempre presente, la tarea del gobernante se hace utópica o mitificante con riesgo para su eficacia última. Salvador Allende ¿tuvo presente ese cotejo realista de tensiones antagónicas en que se debatía su gobierno? ¿Pudo pensar que en la hipótesis de la ruptura violenta del equilibrio, tendría apoyos suficientes para resistir? La guerra fría ha terminado en todas partes, aunque sus últimos rescoldos todavía despidan algunas humaredas. ¿Quién podía esperar más que una piadosa protesta teórica de los máximos aliados del Gobierno de la Unidad Popular al ser derrocado éste y una ruptura de relaciones? ¿Quién escuchó otra cosa en la gran democracia norteamericana al entrar los tanques en Praga para acabar con la experiencia del «Socialismo de rostro humano» del romántico Dubcek?

El mundo está así y tardará en modificarse esa situación bastante tiempo. Hay que mirar con realismo implacable las circunstancias. Los supergrandes tratan de imponer su bipolaridad aplastante en sus áreas respectivas de adjudicación específica. Pero ya se apunta una corriente mundial que opone a esa bipolaridad hegemónica la múltiple presencia de otros focos de poder político y económico con los que las superpotencias han de contar. La América de cultura hispana será uno de esos centros de decisión de aquí a algunos años. Yo creo que para potenciarse habrá de acudir a las premisas de la revolución tecnológica, al concepto de «dimensión mínima», a las formulaciones modernas de la economía de mercado.

Desde Europa, el lenguaje político de Allende sonaba a cosa antigua, sobrepasada. Acaso porque en las naciones del Viejo Continente, los socialismos conviven, dentro de la legalidad constitucional, con los otros grupos políticos, centristas y conservadores, dentro del marco de las instituciones democráticas, turnando en el Poder o compartiéndolo en Gabinetes mixtos desde 1950 hasta hoy. También, quizá, porque hoy en día, en las naciones más desarrolladas de Occidente, la civilización tecnológica contribuye más a la mutación profunda de los niveles sociales que las teorías revolucionarias. También los voceros de la Junta triunfante emplean un vocabulario que evoca a los trasnochados autoritarismos de los años treinta. Últimamente he leído que califican de «mentalmente desviados» a los seguidores del fallecido presidente. ¿Será posible que un millón de chilenos hubieran perdido la razón? ¿Totalitarios de todo el mundo, unos!. ¿Cómo estará de bajo el nivel de racionalidad de nuestro tiempo que se califica de loco al que discrepa y el que lo hace, se cree, como en la Rusia soviética, único poseedor de la verdad!

José María DE AREILZA

CADA VEZ MENOS

LA cuestión, si les parece a ustedes, podría plantearse así: la gente de ahora, ¿llora más o llora menos que la de antes? Y no es un tema banal, precisamente. Ignoro si los sociólogos se han dignado tomarlo en cuenta ni si, de hacerlo, han utilizado las debidas estadísticas, con muestreo y encuesta. Tal vez lo considere un asunto demasiado «poético». Pero no hará falta recordarlo, el llanto, como la risa, tuvo siempre una gran importancia en la vida del hombre: más el llanto que la risa, desde luego. Las singulares, complejas connotaciones físicas y morales de la lágrima y el sollozo obligarían a situar el análisis y el comentario a un nivel tremendamente serio. ¿Se llora más o se llora menos, hoy día? ¿Y por qué? ¿Y qué consecuencias de juicio y de calificación cabría deducir? ¿Y...? Ya sé que son, éstas, «cosas» difíciles de cuantificar. Peor aún: difíciles de definir, en principio, y por consiguiente, de dudoso encuadre en la indagación entre las multitudes. Me imagino la perplejidad de cualquier vecino, si la consulta sociológica pregunta: «¿Cuántas veces llora usted al cabo del mes?», «¿Mucho rato?», «¿Con qué motivo?». Y la lista de motivos sería larga, en hipótesis, según la edad, el ánimo y la salud del entrevistado. Quizá por eso los doctores de la Ley en materia de Sociología eluden el planteamiento. Se puede leer de cabo a rabo un librote acerca de los «cuellos blancos» o del «fulano unidimensional», y quedarse in albis respecto a las llantinas domiciliarias de los afectados...

Con todo, algo salta a la vista, y sin necesidad de encuestas: la tendencia actual, generalizada, es a llorar poco, y hasta a no llorar. Por supuesto, convendría acoger los distinguidos oportunos. Hay muchas maneras de que a uno se le salten las lágrimas. Una molestia en el ojo, accidental o patológica, puede producir goteras muy apreciadas: las glándulas encargadas de la función, cumplen su cometido automáticamente, ante el estímulo que les cae en suerte. Sea una conjuntivitis —si lo es—, sea una mota de polvo: son eventualidades aceptables. No se trata de eso, claro está. El llanto a que hemos de referirnos es el otro: el que pertenece al área de la «psicología» o al de la «sociología», por decirlo a tenor de los ritos del vocabulario culto. «Psicología del llanto»

LIQUIDACION DE LAS LAGRIMAS

se titulaba, por cierto, un papel —seguramente conspicuo— de las ediciones de «Revista de Occidente». Nunca pude ver esta obra, cuyo redactor sería, probablemente, alemán y catedrático anterior a Hitler. Me excuso de este déficit de información, y mis reflexiones se resentirán de ello, lo siento. Pero entre la «psicología» y la «sociología», lo que debería interesarnos, en el enfoque que sugiero, es la entidad objetiva del gimoteo: del gimoteo como fenómeno social. Se llora a partir de unas determinadas causas, y hay que catalogarlas. ¿Qué ocurre hoy que no ocurría antaño? ¿Han disminuido las «razones» de llorar?

Advertiré, para esquivar confusiones, que el «llanto» es, con toda su consistencia fisiológica, un tipo de comportamiento humano tremendamente condicionado por la historia. Siempre se ha llorado, sin duda; pero en cada época a su modo. La Baja Edad Media local es rica en chorros de lágrimas. Lo atestiguan los documentos más egregios: nuestras Crónicas reales, la de Jaime I y la de Pedro el Ceremonioso, por ejemplo, nos presentan a estos monarcas llorando a lágrima viva, en medio de un accidente político cualquiera. No era un alfeñique Jaime I, hombrón fuera de serie —un palmo más alto que el resto de la ciudadanía—, y aunque alfeñique fue, literalmente sietemesino, Pedro el Ceremonioso resulta ser uno de los personajes más duros, cínicos, perversos, de nuestro siglo XIV. Y lloriqueaban como críos, a la primera ocasión. Cuando el 1413 san Vicente Ferrer predicó en Valencia el sermón del Viernes Santo, ni siquiera llegó a recitar el avemaría inicial: él y su auditorio saltaron el trapo, y no hubo necesidad de seguir adelante. Los poetas románticos también tuvieron la lágrima fluida. ¿O no? Me remito a los textos. La población menor se apuntaba al derrame. Para fijar los términos del problema tendríamos que descender a detalles muy concretos. El llanto es históricamente «variable».

Las «emociones» que embargaban a los lacrimales de la Edad Media dejaron de estar vigentes poco después; los pucheros líricos del Romanticismo se han evaporado. Vemos —una evidencia— que, en ese terreno, los cambios han sido notables. Se han atenuado a gran escala las efusiones de base, sean políticas o

amorosas, o paternofiliales. Un duelo familiar desencadena el mecanismo de la lágrima, todavía. ¿En una medida equiparable a la de antaño? No sé, no sé... Hubo tiempos en que, por no creer suficientes las lágrimas propias, se alquilaban llorones de profesión: las «plañideras». ¿Qué era la lágrima, entonces? ¿Una secreción individualmente «comprometida» en el luto, o un adorno fúnebre superfetatorio? En el embrollo en que estamos metidos, la eliminación del llanto coincide con la supresión o la mitigación del dolor. Una muela incordiante o una viudedad histórica admiten una coincidente receta de píldoras analgésicas o tranquilizantes: un fármaco, y no importa que sea el mismo. El intento menos espectacular pero más firme de la «sociedad» contemporánea —«consuma» o «socialice»— se centra en la elisión del llanto. En el orden de las dolencias corporales, la anestesia, en sus más diversas opciones, sirve para evitar que lloremos. Hay más anestésicos, que no proceden de la química: se aplican al amor, a la política, a la teología. O quizá no son analgésicos, sino una simple renuncia a la ansiedad, para bien o para mal. Los enamorados del momento, cuando les llega su ración de desengaño, no se desmelan —lloran— tanto como en el juego Petrarca-Esproncada-Rimbaud.

Hoy se llora poco: casi nada. Al recién nacido, las consabidas palmaditas al culo le facilitan el lloro: los Santos Padres abusaron de la anécdota, y lanzaron la especie de que venimos al mundo a través de un lloriqueo, y que, en definitiva, el mundo no es más que un Valle de Lágrimas. Los vagidos del bebé no son llanto, sino respiración. Esto reconocido, el programa se afina con recursos médicos, primero, y pedagógicos, después. Se procura que las nuevas generaciones se crien sin llorar, o sin llorar demasiado. El cachete doméstico, autoritario, el palmetazo escolar, admonitorio y educativo a la par, tienden a desaparecer. Papás y maestros, tiernamente confabulados, procuran que el nene no lllore... La industria del pañuelo tiene que haber sufrido una amarga retracción de la demanda: gracias a lo que pasa, antibióticos y pedagogías progresistas, los niños segregan menos mocos y menos lágrimas... En cuanto a las lágrimas, y en otro estadio

de referencias, nos encontramos con los llamados «gases lacrimógenos», que sirven para hacer llorar contra natura. Son una novedad: las aflicciones derivadas del aparato punitivo público no han amainado, y la colaboración de estos «gases» las amplía. Pero, aun contando con ello, y con las «lágrimas de alegría» —abundan los alegrones que llegan a ese extremo— y las siempre probables «lágrimas de cocodrilo», el saldo resultante sería el apuntado: que cada vez se llora menos.

Esta notoria retirada de la lágrima ha de influir de alguna manera en los trámites de la sociedad. No me atreveré a decir cómo. Ni sabría. Sea como fuere, es indiscutible que al descender el grado de humedad proporcionada por los ojos pasibles, el comportamiento del padrón municipal ha de ser «diferente». ¿Para bien o para mal? Ni para bien ni para mal: son los arrastres del «ir tirando». Personalmente, estoy en contra de la lloradera. Proceda de una muela infecta, de una crisis amorosa, de una ira social impotente, de una musiquilla nostálgica, de la muerte de un allegado, de lo que sea: da lo mismo. En términos objetivos, me alisto entre los enemigos declarados del «dolorismo», que diría el señor Pla i Casadevall. Y no es que postule la «aridez de corazón» —valga la fórmula—, con todo lo que de crueldad o de impavidez comporte la receta. El dolor sigue en pie: múltiple, tenebroso, voraz, el dolor está ahí, a la vuelta de la esquina, si es que ya no lo tenemos instalado en casa. Pero tampoco cuesta un gran esfuerzo el «racionalizarlo»: las cosas no son como son, en cada instante y en cada sitio, y hay que asumirlas en su implacable figura. No con un fatalismo bobo: nada de eso. El dolor es el enemigo, y hay que combatirlo: con píldoras o con lo que convenga. Con la resignación incluso: con esa desacreditada salida de emergencia que es la resignación. Bien mirado, la humanidad no ha hecho sino eso, a lo largo de milenios: corregir hasta donde pudo o puede la propuesta «ecológica» del Valle de Lágrimas. Aún queda mucho camino por recorrer. Y nunca faltará una ocasión para la lágrima, por mucho que se haga para desarraigarla.

Joan FUSTER

COMERCIO

BANCA - ESTENOTIPIA

Casa Central: Av. PUERTA DEL ANGEL, 38 - Sucursales Urbanas: Rda. San Pablo, 51; Aribau, 169; París, 185. Enseñanza por correspondencia: Apartado 782. - Barcelona

Academia Cots

IDIOMAS

TAQUIMECANOGRAFIA